

Un maestro rural vareliano

por Américo Hartmann

A principios del año 1880, el entonces inspector departamental de Enseñanza Primaria del departamento de San José, don Joaquín de Becerro de Bengoa, recibió la visita de un maestro rural llamado Emilio Martínez.

Martínez era un maestro sin título habilitante, que se había iniciado en la docencia por el mes de agosto de 1878, improvisando, para llevar adelante cuanto antes la reforma de la enseñanza primaria, obra de don José Pedro Varela.

En la entrevista, cuenta Becerro de Bengoa en «La reforma vareliana en la campaña. Recuerdos de antaño»¹ que Martínez, luego de los saludos de estilo, le manifestó que el motivo del pedido de entrevista era comunicarle que se casaría en el mes de mayo. Becerro, sin comprender mucho —ya que se trataba de un acto privado, sin relación con la enseñanza—, lo interrumpió cortésmente para felicitarlo. Agradeció Martínez las felicitaciones y entonces fue al meollo del asunto.

Le dijo que efectivamente se proponía casarse con la Sra. Juana Ramona Quijano Casas, pero con su verdadero nombre. De la incomprensión inicial Becerro de Bengoa pasó a la sorpresa. Le dijo: «Explique, explique Ud. este intrínquilis».

En la publicación citada, el inspector Becerro de Bengoa, 26 años después de ocurrido el episodio, lo recuerda como sigue. Lo transcribimos textualmente, si bien, sabiendo que existen algunos errores debidos a malas jugadas de la

El autor. Ingeniero civil y profesor emérito de la Universidad de la República. Nieto del maestro Augustin G. Hartmann.

¹ Tomo III de los *Anales de Instrucción Primaria*, n.ºs 16 a 19, año III, setiembre de 1905 a junio de 1906.

memoria o bien a las declaraciones erróneas *ex professo* de Martínez, procuramos aclarar los al lector con la introducción de comentarios entre corchetes.

Después fundé la escuela del [arroyo] Coronilla [la tercera rural fundada] y allí coloqué un francés que se llamaba Emilio Martínez.

—¡Hombre! ¡Ud. tiene un apelativo muy español!

—Sí, señor —me dijo—, mis padres eran españoles carlistas emigrados después del Convenio de Vergara [1839].

Este caballero tenía nociones generales de todo. Al cabo de un año de hallarse al frente de la escuela vino a verme para decirme que se quería casar.

—Me parece muy bien —le contesté.

—Sí, señor —me dijo—, pero es el caso que yo quisiera casarme con mi verdadero nombre, porque yo no me llamo Emilio Martínez.

—¡Pero hombre! ¿Y cómo se llama Ud. entonces?

—Augusto Hartman [sic; en realidad se llamaba Agustín Gustave Hartmann Delacour].

—¿Qué dice Ud.?

—Augusto Hartman [sic], señor inspector.

—Explique, explique Ud. este intrínquilis.

—Yo soy alsaciano [no había nacido en Alsacia sino en Dammarie Les Lys, departamento de Seine et Marne] y cuando la guerra [franco-prusiana de 1870] me negué a servir con los alemanes [inexacto, pues entonces vivía en París]; emigré a Bélgica y allí un español carlista me dio su cédula de vecindad para que pudiera embarcarme y cuando llegué a Montevideo tuve miedo que me reclamasen [los alemanes] y me hicieran servir con los alemanes [inexacto, porque después de la derrota francesa de 1870 hubo un decreto del gobierno francés, de acuerdo con lo dispuesto en los tratados de paz, por el cual sólo los nacidos en Alsacia podían optar por mantener la nacionalidad francesa si así lo querían, y de no hacerlo pasaban a tener la nacionalidad alemana, pues Alsacia y Lorena, excepto el territorio de Belfort, se anexaron al imperio alemán] y por eso conservé ese nombre sin renegar de mi patria; ya le dije a Ud. que era francés hijo de españoles [inexacto, pues era hijo legítimo de un alsaciano, Michel Sébastien Hartmann Gab, que optó por la nacionalidad francesa y de su esposa, Caroline Joséphine Delacour Lecamus, también francesa]. Ahora ya no temo nada, y sobre todo, trato de contraer un compromiso grave, y debo hacerlo con mi verdadero nombre. Aquí tiene mis documentos y las cartas de mi familia que le enterarán de todo.

Uno de sus tíos, el canónigo Ignacio Hartmann, que le escribía, era cura de la iglesia de la Magdalena de París [equivocación: era primer capellán del Hôtel de Dieu, y daba misa y confesaba en la catedral de Notre Dame de París].

—Perfectamente, pero tiene usted que presentar una solicitud a la dirección para regularizar su estado civil, y a fin de que le sirva el título

departamental [de maestro] que se le extendió a su nombre [el 16 de enero de 1879 se le había expedido el título oficial de maestro luego de que aprobara las pruebas de aptitud del concurso].

Así lo hizo. La comunicación del cambio de identidad la cursó inmediatamente a la Dirección General de Instrucción Primaria, pero legalmente recién procedió a cambiar su identidad en el año 1900 ante el Juzgado Letrado de la ciudad de Durazno.

Hoy se halla jubilado el Señor Hartman [sic] y reside en San José.

¿Se equivocó el Sr. Becerro de Bengoa, lo traicionó la memoria o el Sr. Hartmann, *ex professo*, distorsionó algunos hechos y circunstancias? No lo sabemos exactamente. Tratemos de aclarar, en lo posible, los hechos y contrastarlos con lo que hemos averiguado sobre este maestro rural vareliano.

Hartmann habría llegado al Uruguay desde Bélgica y en 1873 ya estaba en el país. Cuando tuvo la entrevista con Becerro de Bengoa eran los tiempos del primer militarismo que sufrió el Uruguay.

El coronel Lorenzo Latorre, que ejerció la dictadura de 1876 a 1879, ese último año se había hecho elegir presidente de la República, aunque sorpresivamente renunció al cargo en marzo de 1880. Para entonces la figura del comandante del Batallón 5.º de Cazadores, coronel Máximo Santos, aumentaba su influencia en los círculos militares y no ocultaba sus apetencias por la Presidencia.

En efecto, al presidente Dr. Francisco Vidal, electo para completar el período constitucional del renunciante Latorre (1880-1882), del que Santos era ministro de Guerra, le hizo proclamar su candidatura a la Presidencia. Vidal no resistió la presión política del ahora general Santos, ascendido antes de ser nombrado ministro de Guerra, y presentó renuncia el 28 de febrero de 1882. Al día siguiente Máximo Santos fue elegido presidente de la República por el período 1882-1886.

Los gobiernos de Latorre y Santos se caracterizaron por la falta total de garantías ciudadanas, el atropello a los derechos y libertades de las personas y la violación de la Constitución y las leyes. Todo aquello que en la opinión de ambos dictadores no fuera susceptible de uniformarse, desfilar o recibir órdenes sin discutirlos era peligroso para la seguridad de la República y la paz pública, y debía ser eliminado.

Y bien, ¿por qué nuestro maestro calló o distorsionó hechos que él conocía bien? Vamos a tratar de explicarlo.

Augustin Gustave Hartmann Delacour había nacido el 10 de mayo de 1846 en la ciudad de Dammarie Les Lys, departamento de Seine et Marne, cerca de París. Sus padres fueron Michel Sébastien Hartmann Gab y Caroline Joséphine Delacour Lecamus. Michel Sébastien había nacido en Nordheim, una villa próxima a Estraburgo, en las estribaciones orientales de los Vosgos.

Crisis agrícolas que afectaron a su familia lo obligaron a emigrar, y en Dammarie Les Lys trabajaba como obrero. Antes de casarse, su mujer había sido empleada doméstica en París.

Michel provenía de una familia muy católica, que había dado tres monjas a las Hermanas de la Divina Providencia de Saint-Jean de Bassel (Moselle) y un cura, Ignace Hartmann.

Cuando Augustin Gustave culminó el máximo nivel de los estudios que se podían cursar en Dammarie Les Lys, su tío Ignace lo estimuló para que los prosiguiera en París, donde contaría con su ayuda y orientación. Así ocurrió. Pero un conjunto de sucesos remotos y aparentemente ajenos, en principio, a su vida motivarían radicales cambios.

Veamos muy sucintamente qué sucedió de importante en aquellos años en Europa. Durante la primavera de 1867 la Exposición Universal de París mostró, con su notable éxito, la riqueza, el poderío y los atractivos de Francia.

El 19 de junio de 1867 fue fusilado en Querétaro el emperador de México, Maximiliano, y el sueño del gran imperio católico en América —que la emperatriz Eugenia de Montijo había propiciado como vasallo de Francia y muro de contención ante los vecinos Estados Unidos— se hizo humo y afectó el prestigio de su marido, el emperador Napoleón III.

El año anterior los prusianos habían vencido a los austriacos en la batalla de Sadowa y consolidaron su predominio entre todos los estados germanos, aún no unificados. En la Europa continental, dos figuras predominaban: el emperador de Francia, Napoleón III, con su prestigio alicaído por el insuceso mexicano, y el canciller de Prusia, Otto Bismarck, en fulgurante carrera ascendente.

En 1868 fue derrocada la reina Isabel II de España y proscripta la dinastía borbónica, pero no la monarquía, por lo que se buscó un rey que ocupara el trono vacante. Fue propuesto un príncipe de la casa Hohenzollern, cuyo jefe era el rey de Prusia, Guillermo I, quien contaba con el apoyo político de Bismarck. Francia consideró que su seguridad nacional peligraba, pues con un rey germano en España quedaría aprisionada entre ésta, por el sur, y Prusia y los demás estados germanos, por el este. Interpuso recursos diplomáticos a la designación y tuvo éxito; la candidatura fue retirada, pero Francia pretendía que Guillermo I se comprometiera a no apoyarla ni en aquel momento ni nunca. Se extralimitó, ya que el rey consideraba que con el retiro de la candidatura el episodio estaba cerrado.

Este impolítico proceder francés fue aprovechado por Bismarck, quien lo distorsionó totalmente, para ponerlo a la consideración pública germana y mundial como una grosera ofensa a Prusia. Con esta actitud logró que los diversos pueblos germanos olvidaran sus diferencias y se sintieran unidos en un odio común al enemigo francés.

París vivía igual clima bélico y el 19 de julio de 1870 el gobierno francés le declaró públicamente la guerra a Prusia. Era lo que deseaba Bismarck, y para

ella se había preparado durante años. La guerra franco-prusiana duró seis meses y concluyó con la total derrota de Francia, para gran sorpresa de la comunidad internacional.

El 2 de setiembre de 1870 el emperador Napoleón III y su mariscal Mac Mahon se rindieron a los prusianos en Sedán, como consecuencia de las varias derrotas militares sufridas y la traición del mariscal Bazaine, que poco antes se había entregado a los prusianos con armas y bagajes.

El 4 de setiembre los opositores al régimen imperial Thiers, Gambetta, Favre y otros lograron en la Asamblea Nacional que Louis Napoleón y su dinastía quedaran desterrados y destronados a perpetuidad.

A todo esto, los prusianos siguieron la guerra y sitiaron París, y la figura política de Thiers creció en la caótica escena política francesa. El 18 de febrero el conservador Adolfo Thiers fue designado jefe del poder ejecutivo francés. Se proponía implantar el orden en Francia por medio de una república conservadora y mantener controlado al proletariado.

El tratado provisional de paz entre Francia y Alemania —nombre con que los estados germanos se reunificaron el 18 de febrero de 1872 en el palacio de Versalles, proclamando emperador a Guillermo I— se firmó el 26 de febrero de 1871, y el definitivo, el 10 de mayo de 1871 en Fráncfort del Meno. Francia había sido vencida.

Por lo que sabemos, Augustin G. Hartmann permaneció en París durante estos luctuosos episodios para la historia de Francia. En ese entonces era un joven de unos veintinueve años que había obtenido un bachillerato en Artes y Letras y que vivía en forma bohemia, con pocos recursos que provenían del dictado de clases particulares como preceptor. Pese a provenir de una familia muy católica, en París había desarrollado sentimientos anticlericales y agnósticos.

La rendición francesa le produjo un efecto espiritual terrible y la cesión a Alemania de Alsacia, donde su familia había vivido desde antes del siglo XVII, determinó que se sintiera traicionado y procurara de cualquier manera enderezar la situación imperante en Francia en esos negros días.

El 1.º de marzo de 1871 las tropas alemanas atravesaron París para desfilarse ante Guillermo, emperador de Alemania, en el Bois de Boulogne. La ciudad parecía muerta: la cubría un inmenso velo de luto. Los alemanes se retiraron al día siguiente, dejando tras de sí fermentos de patriotismos y de odio matizados por la amargura de considerar que una nación había capitulado en masa ante los invasores: primero la Asamblea Nacional y la burguesía, luego Thiers y sus masas hambrientas, debido al sitio de París. Pronto se manifestaría violentamente el odio acumulado.

Las humillantes condiciones de paz impuestas por los alemanes contribuyeron a desatar una revolución que intentaba eliminar la antigua sociedad y borrar la vergüenza nacional. De este modo, sin siquiera pensarlo o intentarlo, los ejércitos

del emperador Guillermo I de Alemania desataron el episodio histórico que se resume en *la Commune*. Una escena trágica que se presentaba en el drama que tenía a Francia por protagonista y que se constituía en uno de los más terribles espectáculos de su historia.

Thiers había trasladado el gobierno, cuya jefatura ejercía por designación de la Asamblea General, a Versalles. Desde allí, el 18 de marzo de 1871, dispuso el envío de tropas a París para recuperar los cañones tomados por los radicales antes de la entrada triunfal de los alemanes. La incursión terminó en un sangriento combate entre los versalleses y la Guardia Nacional de París. Dos generales fueron hechos prisioneros y fusilados por los radicales sublevados. Poco después se proclamó que la Comuna, administración municipal elegida por el pueblo y que agrupaba a noventa miembros de diversas asociaciones radicales, se había hecho con el poder. Comenzó su actuación desarmando a la Guardia Nacional parisiense, estableciendo el servicio militar obligatorio de todos los hombres aptos para tomar las armas, y declarando nulos y sin valor todos los decretos del gobierno de Thiers.

La revolución adoptó como emblema la bandera roja. Entre los comuneros había toda clase de opiniones, desde la conciliación política a la resistencia ilimitada. Entre estos sólo una veintena pertenecían a la I Internacional y mantenían proyectos de reforma social; los demás tenían aspiraciones más vagas e incluso contradictorias y tal vez por ello no organizaron un gobierno propiamente dicho ni tampoco una policía.

Augustin Gustave estaba políticamente influido por los socialistas como Mably, Morelli, Babeuf y Sismondi, que fueron los precursores de la transformación del socialismo utópico en doctrina científica y en movimiento político de masas. Por tanto, su adhesión a la Comuna fue inmediata.

La Comuna manejó el Banco Nacional de Francia, pero no atentó contra la propiedad privada; en cambio, reorganizó el sistema de alquileres, suprimió la venta de objetos pignorados en el Monte de Piedad y reconoció la unión conyugal libre, implícitamente, declarando su plenitud de derechos a los hijos naturales con los habidos en el matrimonio legal y religioso.

El 19 de abril de 1871 la Comuna proclamó una teoría de gobierno según el principio de la «autonomía de la Comuna aplicado a todas las localidades de Francia»; en consecuencia, la unidad nacional debía ser garantizada por una especie de contrato de asociación.

Thiers, entretanto, reunió sus tropas y las confió al mariscal Mac Mahon, quien procedió a reprimir la revolución mediante las armas. Era capitán del 254 Batallón de la Guardia Nacional del Sena, desde el 9 de febrero de 1871, y su hermano Gastón Louis revistaba en las tropas del gobierno de Versalles.

El domingo 21 de mayo las tropas del gobierno entraban violentamente a París. La Comuna llamó a la población humilde de la ciudad a una lucha desesperada: «que las mujeres se unan a sus hermanos, a sus padres, a sus

maridos. Las que no tengan armas que cuiden de las heridas y arrojen piedras desde sus casas para aplastar al invasor. Que resuene la trompeta, que se toquen a rebato las campanas y se hagan tronar los cañones».

La ciudad se cubrió de barricadas, pese a que el gran urbanista de París, el barón George Haussmann, prefecto de la Seine, había creído que estas no serían posibles por el trazado de grandes avenidas y bulevares. La lucha se esparció de un barrio a otro con una saña terrible por ambas partes.

Hubo incendios por el cañoneo del ejército de Versalles y por las bombas de queroseno arrojadas por el ejército, los agentes bonapartistas y los comuneros. La lucha terminó por fin y los soldados de Thiers vencieron al pueblo que debieron defender de los alemanes. La represión fue entonces despiadada y arbitraria. Empezaron a actuar en París dos tribunales marciales, uno en Luxemburgo y otro en Châtelet, y los asesinatos legales se ejecutaban por todas partes.

La sangre corrió a oleadas y durante aquellos días no se cesó de acarrear los cadáveres de los ajusticiados. Los elementos civiles se comportaron con tanta crueldad como los militares. Así, los periódicos, que comenzaron a publicarse de nuevo, invitaban a la «gran limpieza social»; cualquier mujer de pobre condición resultaba sospechosa y considerada potencialmente incendiaria, y las señoras de la alta burguesía, cuando tenían oportunidad, golpeaban con sus elegantes sombrillas a los prisioneros.

El postrer día de la gran matanza hubo escenas de horror indescriptible: el arzobispo de París y otras personalidades retenidas como rehenes fueron fusilados en la Roquette, antigua prisión de París, por las turbas enardecidas que también disparaban contra los curas. Por otra parte, la venganza de los vencedores llegó al paroxismo y los últimos prisioneros capturados fueron fusilados en masa. Durante aquel domingo primaveral las salvas de ejecución retumbaron en el patio del cuartel de Lobau y en el cementerio de Père Lachaise, bombardeado por el ejército durante cuatro días. Los cadáveres fueron apilados contra las tapias, pues el ritmo de las ejecuciones superaba al de los entierros. Aunque se comentaba que el gobierno de Versalles había ordenado el cese de las ejecuciones, la matanza continuó.

Thiers fue elegido presidente de Francia, en agosto de 1871 fuera. El mariscal Mac Mahon, derrotado por los alemanes, fue el vencedor de la batalla del cementerio Père Lachaise, y sería presidente de Francia desde 1873 hasta su renuncia en 1879.

En esos terribles días, Augustin Gustave Hartmann Delacour se refugió en el Hôtel de Dieu de París con su tío, el primer capellán Ignace Hartmann Gab, cuya protección procuró. Allí permaneció escondido hasta que el ambiente político represivo se fue paulatinamente serenando. Con la ayuda de su tío fue a despedirse furtivamente de sus padres, Michel Sébastien y Caroline Joséphine, que vivían en Melun, y luego de hacerlo emigró a Bélgica, pues por su participación

en los episodios de la Comuna le era imposible vivir en París o en otra parte de Francia. En ese reino fue donde consiguió los papeles de vecindad de Emilio Martínez, emigrado a Bélgica como consecuencia de la tercera guerra carlista ocurrida en España en 1868.

Aún no se sabe por qué motivos decidió emigrar al Uruguay, desde qué puerto belga lo hizo, ni cuándo inició el viaje y llegó a Montevideo. Se presume que haya llegado en 1873, pues uno de sus testigos de casamiento, Francisco Guelvenza, declaró en mayo de 1880 que lo conocía desde hacía siete años.

Luego fue al departamento de San José, donde José Buschental (1802-1870), un francés nacido en Estrasburgo, alsaciano como su familia, había fundado sobre el río Santa Lucía un gran establecimiento de elaboración de carnes conservadas, La Trinidad, proveedor del ejército francés por varios años merced a importantes contratos. En aquella época la colonia francesa era la segunda en número de ese departamento.

En 1877 Julián Becerro de Bengoa era inspector de las escuelas dependientes de la Junta Económico Administrativa del departamento de San José, y José Pedro Varela, presidente de la Comisión de Instrucción Pública de Montevideo.

En ese tiempo, los departamentos de San José y Flores formaban uno solo, que tenía el nombre del primero. En todo el departamento había entonces cuatro escuelas públicas, separadas para varones y niñas, en la ciudad de San José, dos en la villa de Trinidad y una en el pueblo Ituzaingó. No había escuelas rurales. Las escuelas públicas dependían de la Junta Económico Administrativa, autoridad municipal que las subvencionaba.

El 27 de agosto de 1877 entró en vigencia la Ley de Educación Común. José Pedro Varela avisó a Becerro que viajara a Montevideo a conversar con él. Durante la entrevista, Varela le dijo:

Presenté la lista de Inspectores Departamentales al Gobernador y el Coronel Latorre me dijo que le parecía Ud. demasiado joven para desempeñar ese cargo, amigo Becerro. «Jóvenes como ése son los que necesito yo para implantar la reforma, señor Gobernador», le he contestado, «además de que ése es inspector de los “viejos”, de los ratificados». «Muy bien, muy bien, no he dicho nada», replicó el dictador.

Becerro de Bengoa tenía 23 años y ni siquiera un pelo de barba.

Cuando se aquietaron las turbulentas aguas agitadas por la reforma, se recuperó la tranquilidad para considerar cómo se pondría dicha reforma en marcha en el departamento de San José. Se concluyó que era posible realizarla en las ciudades. En el medio rural, ¿qué escuelas se iban a reformar si no había ninguna?

Becerro de Bengoa recuerda: «¡Oh aquellos maestros que yo improvisé!», y agrega: «En ningún departamento se reunió un conjunto de personas más raras, distinguidas, más ilustradas que las que coloqué al frente de mis escuelas rurales».

La designación de Emilio Martínez como maestro rural en el arroyo Coronilla debe de haber ocurrido en el segundo semestre de 1878. Su sueldo era de \$ 50, bastante elevado para la época.

Augustin Gustave Hartmann Delacour retornaba, tras varios años de azaroso deambular, a sus tareas de preceptor en el nuevo país al que el destino lo había llevado. Allí conoció, en las inmediaciones del Coronilla, a quien sería su legítima esposa, Juana Ramona Quijano Casas, con quien se casó en la parroquia de San José de Mayo, el 14 de mayo de 1880. El matrimonio se inscribió el 22 de mayo del mismo año en el juzgado de paz de la 1.^a sección del departamento de San José.

Hacía pues un año y medio aproximadamente que Hartmann había sido designado maestro sin título. Tenía 34 años cumplidos el día 10 del mes en que se casó. Su mujer tenía 27 y era de antigua stirpe oriental. Antes de casarse, el 16 de enero de 1879, le fue expedido el título oficial de maestro por haber superado previamente las pruebas de suficiencia.

Hartmann fundó en el país su familia, que tuvo diez vástagos; hizo del Uruguay su patria, sin olvidar aquella en la que nació, y contribuyó con su esfuerzo a alfabetizar las zonas rurales del departamento de San José, ya que fue varias veces trasladado de una a otra escuela rural.

Finalizó por enfermedad sus tareas de maestro en 1900, en la escuela rural n.º 10 de Chamanga, en la que había asumido en 1895. Esta localidad se había desgajado del departamento de San José para incorporarla al de Flores, de reciente creación.

Hartmann sabía que por no ser alsaciano no sería reclamado por el gobierno alemán para servir en su ejército, pero también sabía muy bien que podría ser reclamado por el gobierno francés para ser juzgado por los episodios de la Comuna, en los que había participado.

A poco de llegar a Montevideo, en 1875, el gobierno del Uruguay se caracterizaba por la intervención decisiva de la clase militar. Hartmann vivió los acontecimientos de este primer militarismo desde primera fila, ¡y vaya que Latorre con su gran perilla le recordaba físicamente a Napoleón III!

Pronto todo el Uruguay tuvo claro que el gobierno de Latorre no estaba legitimado por la Constitución y era una dictadura sin limitaciones, en la que su voluntad no tenía barreras legales. Daba así satisfacción a los ciudadanos que por la seguridad y el orden estaban dispuestos a sacrificar su libertad.

¿Habría sido prudente explicarle al inspector Becerro de Bengoa los verdaderos motivos de su presencia en el Uruguay y que estos motivos llegaran después a trascender? Casi seguramente Hartmann no hubiera conseguido su empleo de maestro rural. ¿Cómo en plena dictadura de Latorre se iba a nombrar, por más méritos intelectuales que tuviera, a alguien implicado en episodios políticos recientes tendientes al derrocamiento del también autoritario gobierno de Francia?

Por otra parte, ya con 34 años, Hartmann quería formar una familia y retornar a su truncado ejercicio de preceptor, para el que el inspector Becerro de Bengoa le daba una nueva oportunidad. Por todas estas razones calló Hartmann. Pero fundamentalmente por lo que sostenía con gran fuerza José Pedro Varela:

La tiranía no es un hecho de Latorre: es fruto espontáneo del estado social de mi patria. No se pueden transformar estas condiciones por otro medio que el de la escuela. Y puesto que yo aspiro a operar esa transformación, la recibo de quien me da, sea quien fuere. No exterminaré la dictadura de hoy, que tampoco exterminaré el pueblo, pero concluiré con las dictaduras del porvenir.

¿Acaso esta variante que proponía Varela para el establecimiento y la afirmación de la democracia no era un camino más idóneo que el ensayado por la Comuna de París?

Hasta sus últimos días Hartmann estuvo convencido de que así era y ayudó modestamente a alfabetizar a un pueblo con el que se identificó plenamente y a consolidar la democracia en su patria adoptiva, a la que mucho amó.

Jamás retornó a Francia. Murió en Montevideo el 24 de noviembre de 1922, a los 76 años de edad.

Resumen

Este trabajo, de corte biográfico, se ocupa de la particular peripecia de un maestro rural de origen francés en territorio uruguayo, en plena implantación de la reforma vareliana. El relato sobre la vida de Augusto Hartmann, quien ingresó al país como Emilio Martínez, nos aproxima a los variados perfiles de quienes contribuyeron al desarrollo de la educación primaria en el Uruguay.

Palabras clave: Educadores, Reforma vareliana, Francia.

Abstract

This biographical paper deals with the particular ordeal of a rural French teacher, of Alsatian origin, in Uruguayan territory during the implementation of the *varelian* reform. The story of the life of Augusto Hartmann, who entered the country as Emilio Martínez, is an approximation to the different profiles of those who contributed to the development of primary education in Uruguay.

Key words: Teachers, Educational reform, France.

Copyright of Prisma is the property of Universidad Catolica del Uruguay Damaso Antonio Larranaga and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.